
LAS ELECCIONES EN GALICIA

Anxo Teixeira



4

Tras las elecciones al Parlamento de Galicia, sin la urgencia que siempre exige la información, pero sin más pretensión que hacer un análisis político susceptible de abrir un debate sobre los resultados, es necesaria una reflexión desde Galicia.

Y digo desde Galicia, porque todo el reciente proceso electoral admite dos lecturas diferentes. Una, desde el Estado, en la medida que más pareció tratarse de perfilar las estrategias para las próximas elecciones generales que de elegir los representantes en el Parlamento de una Comunidad Autónoma. Y otra lectura desde Galicia porque los resultados, anécdotas aparte, confirman dos aspectos definitorios de la política gallega: la dificultad del cambio político y la falta de consolidación del mapa político-electoral que requerirá, aún, de otras consultas para perfilarse en sus rasgos definitivos.

Sin dudar, ni por un momento, de la necesaria complementariedad de ambas visiones, y aún a riesgo de extrapolar el análisis, considero que difícilmente puede alcanzarse el fondo del hecho gallego si se da prioridad, como lo reflejan los comentarios en la prensa, al enfoque estatal de los resultados. Aún más, pienso que se deforma la imagen del propio Estado al negar sistemáticamente una especificidad evidente al comportamiento político de los gallegos. Así que, conscientemente, estas notas asumen el riesgo de una visión parcial.

En el mero plano de la hipótesis dos parecen evidenciarse:

1) El cambio político que se desprende de los resultados es, a nivel gallego, mínimo.

2) El mapa político sigue sin consolidarse en Galicia. Mientras la correlación derechas-izquierdas permanece constante, en el seno de cada uno de los bloques los resultados denotan la marcada provisionalidad de la correlación de fuerzas.

LOS RESULTADOS

Una participación insuficiente.

Los índices de participación manifiestan, de nuevo, la tradición abstencionista del electorado gallego. En este sentido, el aumento de la participación en un 15 por ciento respecto de la asistencia a las urnas en el referéndum del Estatuto es poco significativo, tanto por lo excepcional del desinterés del electorado ante aquella consulta, como por el hecho de que seguimos ante una cota muy alta de abstención, la máxima —excluido el referéndum estatutario— desde que se inició el proceso democrático.

Tanto a nivel provincial, tal vez con la excepción de Orense, como a nivel gallego, la participación fue significativamente menor que en las dos elecciones generales y que en las locales de 1979. Por lo tanto,

El cambio político que se desprende de los resultados es, a nivel gallego, mínimo.

la inflexión en la curva descendente de la participación apenas tiene relieve, por mucho valor simbólico que le otorguemos, y no impide que sobre la mesa quede el problema más urgente y grave de la política en Galicia: el triunfo de la abstención en todas las consultas electorales.

Sin descartar la influencia de una serie de causas técnicas (climatología, escasa adaptación de la organización electoral al asentamiento poblacional, errores censales, etc.) que son, en el fondo, la batería de argumentos que tradicionalmente esgrime la derecha, cada día es más urgente un estudio sobre las causas profundas del fenómeno abstencionista.

La complejidad del asunto no se le escapa a nadie, dado que la falta de participación política no sólo se manifiesta en el plano electoral, sino en unos bajos niveles de asociacionismo. Determinar en qué medida ello se debe a la fuerte desarticulación social que implica la quiebra de una sociedad ruralista, a la incultura política heredada del franquismo, a la persistencia de unas estructuras de dominación arcaicas —léase caciquismo— exige un serio esfuerzo para superar el método intuitivo que hasta ahora se ha venido utilizando en la búsqueda de explicaciones.

Pero, volviendo a la hipótesis, ese 57 por 100 de abstención es la primera confirmación de su validez.

Desde la oposición, y durante toda la transición democrática, la política gallega tuvo, tiene aún, una especificidad importante, derivada del hecho de que la recuperación de la democracia llevaba consigo un diferente modelo de inserción de Galicia en el Estado. De ahí la superposición de una correlación complementaria a la tradicional derecha-izquierda. La dialéctica españolismo-galleguismo (autonomía-soberanía nacional) determinó la existencia de tres grandes bloques políticos: el de

la derecha (UCD, AP), el de la izquierda con implantación estatal (PSdG-PSOE, PC) y el del nacionalismo (P. Galleguista, Esquerda Galega, Bloque Nacional Popular Gallego).

Galicia constituye la reserva electoral de Fraga desde 1977, y aquí se opera un fenómeno singular de manifiesta identidad entre el *modus operandi* de UCD y AP

Los resultados de las Elecciones al Parlamento de Galicia no supusieron, al margen de las modificaciones internas en cada bloque, cambios de importancia en este panorama político. En primer término, globalmente, la relación de fuerzas derecha-izquierda no sufre alteraciones. Enfrentados los votos obtenidos por AP y UCD (550.000) con los de PsdG-PSOE, PC, EG y BNPG (300.000) la evidencia del triunfo de la derecha es total. Más aún, en términos de diputados electos, por los efectos correctivos de la proporcionalidad de la Regla D'Hondt, 50 parlamentarios frente a 21.

Una visión retrospectiva de anteriores consultas electorales ahorra todo comentario sobre la estabilidad ideológica del voto gallego, máxime teniendo en cuenta que de las cuatro elecciones tres tuvieron distinta naturaleza. En las Elecciones Generales de 1977, la derecha obtuvo 750.000 votos frente a los 230.000 de la izquierda. En las Generales de 1979, la relación fue de 660.000-300.000, y en las Elecciones Municipales de 1979 la relación fue de 520.000-300.000, aunque en este caso la relación está relativamente desvirtuada por los 150.000 votos que obtuvieron las candidaturas independientes.

Las modificaciones en el seno de cada bloque fueron, por el contrario, importantes.

La derecha.

Dentro de la derecha se verifica, espectacularmente, la tendencia manifiesta desde las Elecciones Generales de 1979 a la baja de UCD y el lento pero continuo

afianzamiento de AP, especialmente en las provincias de Orense y Lugo. Sin embargo, el salto espectacular se produce ahora en La Coruña y Pontevedra, ganando AP

130.000 votos y perdiendo UCD 250.000, doblando el partido de Fraga sus resultados de 1979 y dividiéndolos por dos UCD.

Determinar si las claves de este corrimiento de votos son estatales o gallegas, o si la tendencia es extrapolable al resto de España resulta extrañamente difícil. En todo caso no se puede prescindir de dos datos: Galicia constituye la reserva electoral de Fraga desde 1977, y aquí se opera un fenómeno singular de manifiesta identidad —en las bases de cada partido— entre el *modus operandi* de UCD y AP. Es, quizá, esta segunda apreciación, comprobable a poco que nos detengamos a estudiar la común procedencia de la militancia de ambos partidos, la coincidencia de intereses empresariales, los lazos casi familiares, la fundamental. La «mayoría natural» empieza en Galicia y no sólo por mera cronología electoral.

Las razones del triunfo de AP son casi tan claras como las del fracaso de UCD: un apoyo manifiesto de los empresarios, una campaña electoral intensa y con un cuidado contenido regionalista, un conocimiento profundo de la *cultura* política del País Gallego manifiesto en la capacidad de Fraga de mover ciertos resortes del hombre gallego y, atención, la renovación de los propios cuadros de AP creando una imagen limpia de franquismo y técnicamente capacitada.

La falta de estructuras regionales de UCD, la discordia entre sus comités provinciales que esta vez estuvo condicionada por la lucha entre partidarios de la gran derecha y del centro-centro, y la pésima gestión preautonómica acabaron, lógicamente, facilitando el cambio de orientación del voto en la derecha.

La izquierda.

En la izquierda de implantación estatal la sorpresa viene dada por el significativo bajón del PC, que pierde 17.000 votos, manteniendo el PSdG-PSOE posiciones, con una discreta mejora de 10.000 votos en relación con las Elecciones Generales de 1979. Salvo el avance importante de la provincia de La Coruña, se puede hablar sin temor de estancamiento socialista.

Las dudas, cada día mayores y cada vez más confirmadas, sobre la madurez del proyecto eurocomunista, la falta de claridad y los titubeos de la política sindical de CC.OO. y el vacío de contenido que implica la noción de «mayoría de progreso» sobre el que se centró la campaña, redujeron la presencia electoral del PC a un nivel casi familiar.

El estancamiento del PSdG-PSOE es más complejo puesto que los socialistas partían en unas condiciones previas, por lo menos, tan favorables como las de AP: una imagen estatal vendible y una imagen autonomista consolidada por ser el soporte básico de la dignificación del Estatuto, con el aval, además, de la presencia en sus listas de los galleguistas históricos. Al margen de factores menores, como una campaña electoral poco imaginativa que no logró motivar suficientemente a los propios militantes, hay razones de mayor entidad: la falta de rentabilización de la lucha por el Estatuto sobre la que planeó permanentemente la sombra de los pactos autonómicos, la deficiente gestión municipal socialista en municipios de importancia y, por último, la búsqueda de apoyos en las clases medias que determinó un alejamiento electoral de parte de los sectores populares que, tal vez condicionados por la crisis, instrumentalizaron sus ansias de cambio votando a la oposición por la derecha, es decir a AP.

En la izquierda de implantación estatal, la sorpresa viene dada por el significativo bajón del PC, manteniendo el PSdG-PSOE posiciones.

El nacionalismo.

Por fin, en el nacionalismo, el P. Galleguista, con 32.000 votos y sin obtener representación parlamentaria, pierde toda esperanza de cuajar a corto plazo una opción nacionalista de centro; Esquerda Galega obtiene con 33.000 votos un diputado y el BNPG mantiene sus posiciones con 62.000 votos y tres diputados. La inexistencia de una opción nacionalista unitaria explica el fraccionamiento de un voto que, considerado globalmente, no puede despreciarse en absoluto, a pesar de la escasa representación que obtiene.

El fracaso del PG en su bautizo electoral, en el que sin duda el desasestimiento del galleguismo histórico se debió, sobre todo, a la falta de implantación y a la carencia de un proyecto político concreto, obstinados como están en el intento ilusorio de jugar a estas alturas al interclasismo.

EG, por su parte, apoyada en una campaña muy imaginativa centrada casi exclusivamente en la descalificación del autonomismo del PSdG-PSOE por la firma de los pactos autonómicos, intentando penetrar en el mundo sindical y contando con el apoyo de sectores intelectuales que conjugan el nacionalismo posibilista con la huída sistemática de cualquier opción de clase, obtiene una mínima representación, suficiente para continuar, por la vía institucional, su presencia en la izquierda gallega.

Por último, el BNPG, mínimamente reforzado por la coalición con el PSG, confirma la fidelidad de su electorado, insensible a la profunda crisis interna que, depuraciones incluidas, padece. Crisis derivada de la dificultad de compatibilizar un discurso político populista con la afectiva defensa de los intereses populares a través de la gestión municipal.

La descripción de los resultados evidencia, pues, una estabilidad electoral considerable en las líneas maestras del sistema, donde derecha, izquierda y nacionalismo permanecen inalteradas a nivel global, aunque parcialmente alteradas en el seno de cada bloque.

Todo ello permite adentrarnos en el terreno, empíricamente más movedizo, de la segunda hipótesis, la falta de consolidación del mapa político gallego.

LAS PERSPECTIVAS

La derecha se enfrenta ya ante disyuntivas claras: la diferenciación ideológica y estratégica de UCD y AP o la convergencia ralentizada de cara a las próximas elecciones generales. Tras un primer intento de AP de forzar la «mayoría natural» en Galicia (gobierno de coalición con programa común pactado al detalle), los datos disponibles indican un aplazamiento puesto que, ante la negativa de UCD que sólo ofrece pactos parlamentarios puntuales, AP deberá gobernar en solitario.

Salvo que exista, sin explicitar, un pacto de buenas maneras por parte de UCD, esto coloca al partido de Fraga en una posición de debilidad, dado que su gestión al frente de la Xunta puede quedar bloqueada entre los acuerdos autonómicos, que no suscribió AP, y el control por UCD de la administración del Estado y la administración local, en este caso compartida con la izquierda. Así las cosas, aplazada la mayoría natural, el control de la Xunta de Galicia puede servir a AP para exportar al Estado una gestión exitosa que, lógicamente, tendría repercusiones electorales positivas para los aliancistas.

Por su parte, UCD va a jugar, probablemente, a oposición elegante, en gran medida por no dejar ese papel a los socia-

listas, en otra porque no puede hacer otra cosa al persistir su debilidad interna. Mientras los conflictos ideológicos (autonomistas-antiautonomistas, gran derecha-centrismo puro) y provinciales no se decanten, nadie estará legitimado para negociar nada con AP, y no es mucho arriesgarse suponer que a no tardar seremos testigos de rupturas de disciplina de voto en el Parlamento Gallego.

En la izquierda hay ya manifestaciones de otro fenómeno de interés: la previsible convergencia entre el PC y EG. Salvo que, al final, priven los personalismos, se dan todos los factores favorables para una aproximación entre los eurocomunistas y el nacionalismo posibilista que representa EG. La crisis del PC, especialmente sentida en sectores intelectuales, el apoyo de este partido a un desarrollo maximalista del Estatuto, la necesidad de EG de encontrar un apoyo sindical y un refe-

El control de la Xunta de Galicia puede servir a AP para exportar al Estado una gestión exitosa.

rente de clase, la especial atención con que se sigue desde aquí el proceso de EIA y EPK en el País Vasco, manifiestan claramente el deseo de configurar una organización unitaria.

Organización que, de consolidarse, planteará un serio problema al PSdG-PSOE, hasta ahora hegemónico en la izquierda pero obligado, ahora más que nunca, a ampliar su presencia con una política orientada a consolidar, de un lado, la autonomía y, de otro, el cambio acorde con los intereses populares.

UN RETO PARA EL SOCIALISMO

A la espera del debate del próximo congreso del PSdG-PSOE, parece razonable pensar que las tres grandes líneas de acción política para los socialistas deben ser, en el futuro inmediato:

1) *La defensa de una aplicación progresiva del Estatuto, impidiendo que una*

derecha dudosamente autonomista utilice la autonomía como un instrumento más para atrincherarse en sus actuales posiciones de poder, sin dotarla de contenido

real (en la línea de la gestión preautonómica de UCD). Evitando, además, dejar un terreno abonado a la izquierda nacionalista obligada por las circunstancias a aceptar el Estatuto y defender un aprovechamiento máximo del mismo.

2) *Una mayor participación en la política estatal de los socialistas*, especialmente en aquellos temas que afecten directamente al proceso autonómico. Cada vez resulta más clara la correlación entre política de Estado y política autonómica, y ello exige de los socialistas, gallegos y del Estado, un esfuerzo para federalizar al máximo su política, no sólo en el nivel propiamente organizativo, sino especialmente en el proceso de toma de decisiones. Las llamadas a la solidaridad, siendo necesarias como eje de la política autonómica del socialismo, no son suficientes. Y valga como prueba el tremendo coste político que para los socialistas ha tenido la LOAPA, en ocasiones indefendible, no tanto por su necesario contenido armoni-

Es urgente una política para el campo, extensible a un mundo obrero que, en un elevado porcentaje es más sensible al discurso de la derecha que al de los socialistas.

zador como por las malas maneras que se siguieron en la negociación.

3) *La definición clara, precisa y operativa de una política*

de cambio, que dé respuesta al atraso secular sobre el que se está fundamentando, paradójicamente, una penetración del capitalismo monopolista que pone a Galicia en una permanente tesitura de desarticulación económica y social.

Una política de cambio para toda la sociedad gallega, pero orientada preferentemente a salvaguardar los intereses de las clases populares y no tan condicionada por esa búsqueda de votos de clase media que acabará por desnaturalizar nuestro sustento electoral, y es posible que nuestro proyecto político. En este sentido, y la impermeabilidad del mundo rural al discurso socialista lo demuestra, es urgente la concreción de una política para la Galicia rural, complementada con un esfuerzo de implantación extensible a un mundo obrero que, en un elevado porcentaje de sus integrantes, sigue siendo más sensible al discurso de la derecha que al de los socialistas.